

Un preámbulo cuya lectura puedes ahorrarte

Esto debe ser un texto científico. Los textos científicos son escritos como si no hubiera una mano humana tras ellos. Por eso este apartado tiene el título que tiene. Está basado en mi experiencia directa y, por tanto, habla mucho de mí como aprendiz de investigador en la universidad y fuera de ella. Por eso, quizá haya abusado un poco, acudiendo a referencias que he publicado con anterioridad, o mencionándome con frecuencia. No te alarmes. Eso solo ocurre en este preámbulo.

Cuando me matriculé en el primer curso de psicología, sentí una emoción difícil de contaros. A diferencia de otros compañeros y compañeras de la promoción, no entré para ayudar a la gente (lo confieso). Tampoco para seguir automáticamente el hábito adquirido durante años, que consiste en estudiar porque uno siempre se ha dedicado a eso. Tampoco para tener un oficio. En aquella época, la psicología era una de las tres profesiones con más paro en mi país. Mi intención era investigar. Estaba fascinado por encontrar respuestas para una multitud de preguntas en torno a cómo funciona la memoria, qué hace que nos enamoremos, por qué a las personas nos gusta estar con otras personas... ¡Ah! ¡La ciencia! ¡Qué cosa tan atractiva!

Mi experiencia en la universidad me enseñó y me sigue enseñando mucho. Lo que he ido aprendiendo con mayor trascendencia no tiene demasiado que ver con aquella motivación, sino con el modo en que funcionan las instituciones que llevan tanto tiempo dedicadas a un asunto, que ya se les olvidó. La universidad es una organización bastante normal. Implica buena parte de su energía en sobrevivir, en sostener su estructura, en adaptarse a las nuevas normas; normas que ella no decide sino que acata. Voy a compartir contigo algunos de estos aprendizajes. En cada uno de ellos, hay un hito inicial que te cuento, y muchas experiencias asociadas que no mencionaré, para que este preámbulo no termine comiéndose el texto completo. Esos aprendizajes me permiten conocer la universidad y cómo nos comportamos las personas, aunque pocos de ellos tuvieron un formato científico habitual.

A mediados del primer curso, llevando encima abundantes notas que diseñaban experimentos con personas y con animales, pregunté a un profesor al salir de clase. Muy ilusionado, le conté que deseaba compartir con él algunos diseños de investigaciones que había reflexionado, a raíz de sus clases y las de otros docentes. Me miró con poca curiosidad. "¿En qué curso estás?" fue su reacción. Tras escuchar mi respuesta y antes de abandonar el pequeño espacio que ocupábamos en el pasillo, sentenció con "¡Cuando estés en cuarto, hablamos!". Llegué a cuarto y a quinto. Me licencié. Publiqué mi primer libro. Comencé en un equipo de investigación. Conseguí una plaza de profesor en un concurso. Durante años, guardé aquellos papeles. Cuando tropezaba con ellos y los volvía a leer, ante mis ojos quedaba claro que seguían siendo buenas ideas y diseños acertados. Terminé perdiendo las notas en alguna mudanza. Nunca he mirado a los estudiantes como seres de cerebro imperfecto, incapaces de tener ideas. Muy al contrario. Son quienes más me fascinan dentro de la universidad. Creo que las buenas ideas no vienen de las mentes de ratones de biblioteca (pensar es eso que ocurre cuando no estás repitiendo lo que otras personas dijeron antes que tú). Las buenas ideas vienen de la ilusión que te conecta con los asuntos. Si has sido estudiante brillante, capaz de adaptarte sin tregua a una carrera de obstáculos con libros y exámenes, quizá perdiste ya la capacidad de imaginar, de hacer algo diferente, de no estar siempre dando lo que se espera de ti. Todas las personas tienen la

capacidad de fascinarse ante la ciencia, aunque muy pocas se sienten capaces de "cientificar" porque consideran que eso es la ocupación de gente algo rara, especial, elegida o... no sé qué cosa. Pero no es cierto. La gente de ciencia es, por encima de todo, gente. Y lo que hacen se explica más por ser gente que por hacer ciencia.

He aquí un ejemplo.

Aproximadamente a mitad de la carrera, coincidió que cayeron en mis manos varios libros sobre parapsicología. La mayoría no eran otra cosa que un conjunto de afirmaciones sin fundamento, a veces con un estilo literario admirable, y otras ni tan siquiera aportaban eso. Pero hubo dos o tres textos que me dejaron huella. Describían experimentos bien elaborados para estudiar fenómenos como la telepatía. Ya había estudiado en la asignatura de fundamentos metodológicos de la ciencia, que lo característico de esta fábrica de conocimientos no es tanto qué se investiga sino cómo se hace, el método. Según leía, la parapsicología puede investigarse científicamente. Así que acudí de nuevo al profesorado. Hablé con dos de ellos. El primero me retiró la palabra durante una buena época. Quedó afectado y frustrado conmigo. Según sus palabras, no podía esperar que alguien que parecía tan inteligente y despierto insultara de ese modo a la psicología, pretendiendo tomarse en serio tales sandeces. Se despidió con "¡La psicología es una ciencia!". No pude responderle "Por eso quiero investigar ese asunto mediante el método científico", pues ya se iba, y a paso ligero. Al transcurrir los años volvió a dirigirme la palabra. Hoy somos colegas. No sé si recuerda aquel episodio. El otro docente, ni me respondió. Bueno, sí lo hizo. Mantuvo un insoportable silencio durante cinco segundos, mirándome a los ojos. Se volvió sin pronunciar una sola palabra. Aquello me afectó. Me llevé enfadado varios días. Era inaceptable que gente de ciencia rechazara abordar un asunto que podía investigarse. Sin ningún conocimiento previo, sin saber nada del tema, solo mediante una actitud prejuiciosa, sentenciaban con rotundidad la estupidez de una idea. ¿Hay algo menos científico que el prejuicio?

Cuando escribo esto se cumplen dos años y tres meses que comencé a estudiar esperanto. Quizá no tengas ni idea de qué es eso. Es un idioma. Fue creado hace algo más de un siglo por un polaco-alemán-ruso-judio-oftalmólogo... que dominaba muchos idiomas y que de niño sufría porque pensaba que la gente se pelea porque no se conoce, no se conoce porque no hablan, no se hablan porque no tienen un idioma común y no lo tienen porque ninguna persona elige el idioma de la otra para entenderse. Así que ideó uno nuevo. No fue el primero, ni el último. Se han creado miles de idiomas artificiales. Pero realmente solo el esperanto ha triunfado: miles de asociaciones en todo el mundo, decenas de miles de libros, poesía, grupos de música, encuentros nacionales e internacionales, programas de ordenador, academia de la lengua, presencia en la UNESCO y un largo etcétera. Decidí estudiarlo porque me pareció una buena idea para ayudar a mejorar la universidad. Lo decidí porque hace años descubrí lo enferma que está la sociedad (especialmente en la universidad) por la opresión lingüística que protagoniza hoy en día la obligación de dominar el inglés. Y comencé a estudiarlo. Gente a mi alrededor me decía "¡Qué inutilidad!" "¡Eso no sirve para nada!". Hoy tengo el título oficial C1 en esperanto y reconocimiento europeo. También estudié pedagogía en esperanto y un postgrado en interlingüística en Polonia. Tengo amigos y amigas esperantistas en todo el mundo. Leo poesía, novela, ciencia ficción en esperanto. Mi ordenador tiene el sistema operativo en ese idioma y hablo en esperanto todos los días. A pesar de constatar esta abundante e impactante realidad, con frecuencia escucho a profesorado universitario afirmando "¿Esperanto? Ese idioma es incompleto, es una idea imposible, no sirve para comunicarse". No importa si yo les digo que acabo de tener una reunión con profesorado de doce universidades diferentes y que el único idioma

utilizado ha sido esperanto. Su idea preconcebida sin fundamento se ha instalado con tal fuerza, que se niega la posibilidad de obtener datos. Eso podría denominarse la anticencia. He ahí otro aprendizaje fundamental que me ha facilitado la universidad: tener un título universitario no garantiza sabiduría. Uno puede ser profundamente estúpido y exitosamente catedrático al mismo tiempo. El modo en que se hace ciencia, también se parece a eso.

Ya de profesor, ocurrió algo sin cuyo conocimiento es difícil entender qué ha sido de mi vida universitaria desde entonces. Nada me enseñó más cuál es el alma de mi institución que aquellos acontecimientos. Como reacción ante un anteproyecto de ley estatal en materia de educación superior, la comunidad universitaria se levantó en una protesta multitudinaria. Poco a poco, la energía inicial fue decayendo, hasta que al cabo de dos o tres meses solo quedaba un grupo de unos cien estudiantes y unos pocos miembros del profesorado. Posiblemente porque la cúpula institucional había decidido recuperar la normalidad, aquellos rebeldes resultaban especialmente incómodos. En lugar de retornar a lo cotidiano, asumiendo que no podemos hacer otra cosa, aquellas personas seguían luchando por una universidad mejor. Si tenían o no razón es lo de menos. Yo estoy convencido de que tenían razón. No obstante, lo relevante aquí es qué hacer con personas que se resisten a obedecer y que tienen una propuesta para ofrecer. Qué hacer con ellas si resultan que son estudiantes de la universidad. En un momento del proceso, el enemigo dejó de ser la ley y su poco fundamento académico, y pasó a ser aquel grupo de jóvenes que seguía insistiendo en que juntos y juntas podemos hacer algo mejor. La situación derivó en algo lamentablemente mediático. Algunos de aquellos estudiantes forzaron la puerta tras la que se estaba llevando a cabo una Junta de Gobierno, que interrumpieron. Emocionados por el éxito, leyeron un manifiesto y se marcharon. Los jóvenes fueron tildados de terroristas. Fueron perseguidos, localizados, encarcelados y expulsados de la universidad por conducta deshonrosa. Llevaron casi diez años de su vida esperando un juicio que finalmente no se celebró, pero que les tuvo instalados en una insoportable situación. Recuerdo la profunda frustración que me provocó presenciar lo que todavía hoy considero una vergonzosa injusticia, observando cómo la contundencia estructural cargaba con rencor sobre el eslabón más débil. La frustración terminó con el ideal que todavía conservaba sobre mi institución. Ni la academia ni la ciencia merecían la admiración que aun entonces sentía. Vi cómo especialistas en áreas que podían explicar con fundamento científico múltiples facetas de lo que había ocurrido y de lo que estaba ocurriendo, prescindían de esos conocimientos para reaccionar como ignorantes en la materia. La misma persona que daba clases sobre el asunto Z y publicaba en prestigiosas revistas sobre Z, a la hora de aplicar Z a lo que había ocurrido, decidía no hacerlo; decidía comportarse como si su especialidad científica no existiera. En su lugar, el especialista en Z repetía las mismas sentencias que yo escuchaba en el bar, de boca de gente cuya única universidad era la televisión y tres cervezas en el cuerpo. El acontecimiento dio para mucho. Fueron meses intensos. Me marcaron para siempre. No he vuelto a pensar y a sentir la ciencia ni a la universidad como lo hacía antes de vivir aquello. Algunos estudiantes consiguieron reconducir sus vidas. Otros no. Aun hoy me emociono pensando en ellas y en ellos. Representan para mí, coherencia, honestidad, dignidad. Fue muy doloroso ver el ensañamiento que sufrieron desde la institución del saber y de la educación superiores. Esta experiencia ilustra sobre cómo funciona la ciencia. No es bueno idealizarla. Está hecha por personas de carne y hueso, con sus correspondientes dosis de inmadurez e incoherencia.

A raíz de aquellas protestas contra la reforma universitaria que transformaba la institución en una empresa productora de cosas, coincidimos miembros del profesorado de disciplinas

muy distintas. En contraste con el grueso universitario a que he aludido en la experiencia anterior, en este colectivo descubrí a gente que combinaban un conocimiento profundo de su disciplina con una elevada capacidad para aplicarlo a los contextos cotidianos. Finalizó el motivo que nos hizo coincidir y decidimos seguir juntas. Pusimos en marcha una organización con el cometido de interpretar de forma transdisciplinar los acontecimientos, y propiciar una mirada compleja en el estudiantado. Eso hicimos. Eso seguimos haciendo. Tomar contacto con ellas y ellos ha sido muy instructivo a muchos niveles. Conocí no solo contextos de investigación e interpretación muy diferentes, sino también estilos distintos de concretar la ciencia. En cualquier caso, observé que se llegaba a resultados con fundamento en evidencias y que se manejaban criterios robustos de calidad. Conocerles fue un impacto, no solo humano, sino también científico. Constituyó mi segunda universidad, donde aprendí no menos que en la primera. Numerosos colectivos de la ciudad acudían a este grupo para encontrar ayuda a sus problemas. Darles respuesta con fundamento científico fue un reto impresionante. No es posible aprender más que cuando el aprendizaje surge de interrogantes reales en contextos reales que viven personas reales. Desde entonces, soy muy incrédulo respecto a los conocimientos monodisciplinares. Me quedo frío cuando algún colega menciona la palabra "ciencia" o "método científico" y parece que se le llena la boca con la palabra. La realidad es compleja. Si la mirada no lo es, el resultado no solo resulta poco creíble, sino a la vez peligroso: una mente simple puede hacer mucho daño en un mundo complejo.

Estas y otras experiencias han ido conformando una actitud que puede describirse sintéticamente como sigue. Amo la universidad, creo en la ciencia, pero soy consciente de sus abundantes limitaciones, no solo teóricas sino especialmente prácticas. Soy consciente de que la gente de la academia se comporta mucho más por ser gente que por su condición de personal académico. Soy consciente de que eso que hacemos en ciencia debe mucho a fidelidades, hábitos y búsquedas de seguridad vital, con no menos importancia que la motivación libre, honesta, anónima y rebelde por conocer y compartir el conocimiento. Me gustaría pensar que la imitación del cógito cartesiano "Soy científico; luego, soy rebelde" es cierto. Lamentablemente creo que se corresponde solo con una minúscula porción de quienes trabajan en la universidad. Me refiero, por supuesto, a la rebeldía que nace de la libertad. Y hablo de libertad no como un lujo, sino como una responsabilidad (Manzano-Arrondo, 2015a), pues la sociedad necesita que ningún poder partidista controle a la gente que se dedica al conocimiento.

Por último, creo que es importante destacar que no soy anti-cuantitativo (aunque me posee cierta enemistad con el positivismo), ni ignoro esa perspectiva. Mi postura en este asunto reproduce el proceso histórico que ha seguido el propio enfoque cualitativo: ya existía antes del triunfo del positivismo, tras el que entró en un letargo del que ha surgido con notable fortaleza, muy especialmente como respuesta al descontento generado ante lo cuantitativo (Kidd, 2002; Ruiz e Ispizúa, 1989). Me educué en la ciencia positivista y muy especialmente en la aplicación de métodos cuantitativos en la investigación del comportamiento. Mi tesis doctoral en psicología trató del tamaño de las muestras en las investigaciones mediante encuestas. Ese tema es tan cuantitativo que podría aburrir a cualquier estudiante de psicología durante el primer minuto. Mis primeras publicaciones versaban sobre programas de ordenador para el análisis de datos. Sobre análisis de datos impartí clases todos los años a estudiantes de primero de carrera. Si viviera en un contexto científico de fundamentalismo cualitativo, me encontraría ahora defendiendo la perspectiva cuantitativa. Pero ocurre lo contrario, trabajo en un contexto de fundamentalismo cuantitativo, por lo que mi energía intenta ayudar a relativizar el empacho de autoestima positivista y colaborar en propiciar

experiencias reales de entre el mundo inmenso que existe fuera de ese reducido islote. Es más, el todo, el grueso, lo que llena la existencia dentro y fuera de la ciencia es de esencia cualitativa; es esa cosa a la que he denominado X para no andar mareando con palabras demasiado densas como ontología, epistemología, metodología o tecnología. Lo cuantitativo tiene una potencia indudable, si bien su espacio ha de estar confinado a circunstancias concretas relativamente no abundantes. Es cierto que lo que hace la gente de las ciencias sociales es básicamente cuantitativo, pero no porque la realidad o los retos complejos de lo cotidiano estimulen tal comportamiento, sino porque reproducimos lo que aprendemos, hacemos lo que sabemos; o, dicho en versión soez pero muy descriptiva, cagamos según comemos. Siguiendo a Martínez (2006), la visión cualitativa busca ser integral, lo que no se opone sino que incluye lo cuantitativo.

Quizá pienses que todo lo leído hasta el momento es innecesario. Si coincidiera con ello, no lo habría escrito. He comenzado el texto como considero que procede en la X cualitativa: poniendo las cartas sobre la mesa. He aquí una de sus características fundamentales: no negar, sino reconocer que la ciencia la hacemos personas y que cuando las comprendemos, cuando sabemos de qué pie cojean, entonces aparece una nueva luz sobre lo que hacen... y lo que encuentran.